

Sesión 02

¿Cómo vive y piensa la sociedad de hoy? Respuestas desde la Catequesis

Curso de Profundización para Catequistas
Delegación Diocesana de Catequesis de Huelva

Por Pedro Belderrain, sociólogo y sacerdote claretiano
Instituto Teológico de Vida Religiosa de Madrid

1. ¿Cómo piensa y vive hoy la sociedad española?

Pablo VI lo afirmó con mucha claridad hace cuarenta y cinco años. Claro que, a la Iglesia le importa llegar a cuantas más regiones del mundo mejor. Claro que le interesa hacerse presente dónde haya más concentraciones de gente. Pero también le interesa mucho alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores, los temas de interés, las expectativas, las ilusiones de los hombres y mujeres de cada tiempo y lugar, para que a ellos llegue también la Palabra de Dios y sus planes de salvación. La afirmación, muy clara y válida a día de hoy, está en *Evangelii nuntiandi* (n. 19).

Este lúcido texto de Pablo VI me viene a la cabeza cuando me planteo cuestiones como las que nos congregan hoy. Cuestiones muy complejas. Tratarlas bien llevaría horas y horas. Nosotros vamos a acercarnos, aunque sea de lejos a ellas. Afortunadamente contamos con la buena ayuda, acreditada y de calidad, de un buen número de personas y grupos que en España se han dedicado al análisis social y cultural, muchos de ellos cristianos aglutinados en ámbitos también de origen creyente. Análisis bien hechos, respetuosos con la realidad, que todo tipo de personas reconocen como ‘de muy buena calidad’.

A varios de esos análisis y autores me referiré al final de estas notas. Según uno de esos equipos, el de los redactores del *Informe Foessa divulgado en 2019*, los españoles vivimos un momento de clara mutación social, «un cambio sin precedentes en el camino que parecía seguir nuestra sociedad desde el último cuarto del siglo pasado». Un cambio que se expresa en una serie de ‘brechas’ que pueden hipotecar el futuro de muchas personas.

Con sus defectos, en nuestro país se fue forjando durante décadas un modelo social, que ha imperado hasta ahora. Un modelo que coincidió en el tiempo con la hegemonía de

una cultura bastante extendida, que sin negar la existencia de grupos diferenciados permitía hablar de 'la sociedad española'. Hoy hemos de hablar más bien de la coexistencia en España de diversas 'sociedades', de grupos de personas con valores, sensibilidades y objetivos vitales bastante diferentes.

En el nacimiento de ese modelo social que acompañó nuestro tránsito del siglo XX al siglo XXI habían influido factores muy diversos que merecen un reconocimiento: el esfuerzo, silencioso, generoso y constante de miles de personas (muchas de ellas de nuestras familias); el avance en el reconocimiento de los derechos humanos y en el desarrollo de la economía social de mercado y el estado del bienestar; la aportación ética de las tradiciones religiosas (también de la católica), la emergencia de algunos movimientos sociales...

No podemos minusvalorar lo que algunos llamaron 'el milagro español'. No nos referimos a la conversión de un país devastado por una guerra civil en una economía desarrollada, sino a la posibilidad de que una nación dividida por esa guerra y sus consecuencias fuera capaz de alumbrar un proyecto de convivencia pacífica, acogida mutua y reconciliación que (con sus defectos) fue enseñado como modelo en muchas universidades del mundo y evitó un nuevo derramamiento de sangre que algunos daban como inevitable. Tristemente, el terrorismo empañó esa convivencia pacífica tan de agradecer.

Una vez recorrido el primer quinto del siglo XXI nos encontramos con que en ese modelo social se han ido abriendo brechas. Brechas que se dan en muchos países del mundo, pero que lo hacen con ciertas particularidades en España (como en cada lugar): una globalización sin gobernanza, la erosión de instituciones públicas, el auge de perspectivas particularistas, reactivas y xenófobas. Brechas, dicen los autores de Foessa, que llevan a una serie de encrucijadas en las que tenemos que decidir qué caminos queremos coger personal y colectivamente: hiper-desarrollismo vs. sostenibilidad; desigualdad vs. equidad; plutocracia vs. ética pública.

Encrucijadas que probablemente tienen también su reflejo en nuestro camino como Iglesia. ¿Aceptamos compartir los avatares a los que se tienen que enfrentar nuestros conciudadanos? ¿Preferimos (si es que es posible) mantenernos al margen, tranquilos y cómodos en lo que como comunidad de salvados hayamos podido lograr?

Estos autores afirman que vivimos en una sociedad 'desordenada'¹ que nos genera inseguridad. Escribía ya a comienzos de este siglo el sociólogo español Enrique Gil Calvo en un libro titulado *Nacidos para cambiar*,

«las nuevas condiciones de trabajo han roto en mil pedazos la estable continuidad de la carrera laboral, hoy fragmentada en una sucesión discontinua y no acumulable de microempleos contingentes y precarios. Así se pierde la solidez del eje biográfico que

¹ Con 'desordenada' se refieren al hecho de que han perdido fuerza realidades que durante mucho tiempo ayudaban a poner 'orden' en nuestra vida y que hacían que la vida fuera bastante 'predecible', realidades que tienen que ver con el trabajo, la organización familiar, el valor que otorgábamos a cada etapa de la vida...

hasta hoy vertebraba las vidas modernas, disgregándose la sede de la identidad personal.

Con la quiebra del matrimonio indisoluble, la otra columna vertebral, el itinerario vital se rompe, se fragmenta y se dispersa en una serie de episodios laborales y amorosos aislados entre sí, sobre cuyo mosaico mal se puede reconocer ningún hilo conductor que pueda servir de argumento narrativo en busca de desenlace. En semejantes condiciones la construcción del destino personal resulta inverosímil. Es el triunfo de la incertidumbre vital, que obliga a gestionar la biografía al más corto plazo, viviendo al día. A causa del crecimiento de la movilidad profesional y amorosa, el futuro personal se hace cada vez más impredecible.»

Hace unos años, un buen porcentaje de los españoles y españolas se encontraba pocas sorpresas de relevancia en su vida. Con algunas novedades importantes que no cabe despreciar, la vida de muchas personas era muy parecida a la vida de sus antepasados. *[Pensad en vuestras familias; comparto mi caso: evidentemente con sus diferencias, pero la vida de mi madre (nacida en 1930) se pareció mucho a la vida de mi abuela (nacida en 1902) o incluso a la de su madre; las de mis hermanas (nacidas en 1966 y 1971) ya han sido otra cosa]*. Con una afirmación quizá algo exagerada, pero con fundamento un historiador importante (Eric Hobsbawn) afirmó que casi el 80 % de la humanidad tuvo la sensación de que estaba saliendo de la edad media en los años sesenta del siglo pasado.

La frase da de sí para mucha profundización. Si el autor se refiere al 80 % es que hay un 20 % que no tuvo esa misma experiencia. Se trata de algo que conviene que siempre tengamos presente. En el planeta de 2020, en el que se ha avanzado mucho en la lucha contra el hambre, la pobreza y enfermedades que hace pocos años causaban la muerte a millones de personas, sigue habiendo regiones, colectivos, grupos de personas, que no tienen acceso a agua potable, a educación, a las mínimas condiciones de salud, a la corriente eléctrica o sus alternativas... En nuestra misma sociedad española, que consideramos tan homogénea, lo que es el pan nuestro de cada día para muchos no existe para otros (pensemos en la cantidad de cosas de las que nos hablan los chavales de catequesis o nuestros hijos, nietos o sobrinos que ni siquiera sabemos qué son). En uno de los países de Europa en los que hay más 'smartphones' por habitante un porcentaje importante de la población nunca accede a internet. Hay quien, con conocimiento del tema, calcula que casi un 20 %.

Hoy vivimos un avance tecnológico permanente que convive con una creciente rebaja social. Hay fenómenos que ya vienen produciéndose durante décadas, pero que se han acelerado; la fragilidad y el cambio demográfico, el incremento de la necesidad de cuidados a lo largo de toda la vida, la desigualdad como consecuencia de la salida de las crisis, la deriva hacia democracias que van perdiendo densidad social (falta de transparencia, impedimentos que dificultan la real participación, altos niveles de abstención...), la pérdida de vínculos entre las personas... Corremos el riesgo de caminar "hacia una sociedad desordenada e insegura".

En los primeros años de este siglo la exclusión se ha enquistado en España, agudizando la fractura entre quienes pueden ‘vivir bien’ y los que han gastado sus reservas, viven al día y saben que en una nueva crisis corren un claro riesgo de caer pronto en situaciones de pobreza y exclusión².

Hay países en los que la desigualdad creció en estas últimas décadas sobre todo porque los ricos se enriquecieron mucho; en otros lugares (como España) ese fenómeno suele darse porque ‘los pobres’ se empobrecen drásticamente.

En la España que entró en la crisis de 2008 el porcentaje de parados rondaba el 8 %; en la de 2015 estaba en torno al 19 %. De dos millones a casi cinco de desempleados. De un 34 % de trabajadores que temían perder su empleo en 2008 a un 62 % que tenían ese miedo en 2015.

En España dos factores influyen en esta situación más que en otros países: la mezcla de la baja calidad en el empleo y los costes de la vivienda: “no tener empleo o ser este de bajos salarios, junto a no poder hacer frente al gasto de la vivienda lleva a la exclusión social, pero si además no tenemos en quién apoyarnos o nos afecta algún problema de salud mental o drogodependencia la mezcla nos sitúa en la máxima desigualdad”.

¡Qué valiosa es ‘la mirada’ del buen catequista, de los que ha habido y hay tantos, que detecta con discreción ‘la trastienda’ de la vida del niño o del adolescente y saber reaccionar a ella y tenerla en cuenta en la catequesis! Como hablamos en la sesión del 14 de noviembre, qué importante es lo que vivimos y compartimos ‘fuera’ del lugar de la catequesis, en la calle, al salir, al ir saludándonos al llegar...

La fuerza de nuestra familia y red de relaciones sociales juega muchas veces un papel determinante en esas situaciones de riesgo y exclusión. Hemos vuelto a verlo, con mucha claridad, en los confinamientos de este año. En los últimos cuarenta años en las sucesivas crisis que hemos vivido los españoles la familia y nuestras amistades han solido actuar de ‘colchón’ que ayuda a amortiguar muchos golpes.

Según los mismos comentaristas del *Informe Foessa*, el proceso de cambio de época en que estamos hace emerger un tipo de ciudadanía sustancialmente desconfiada e individualista, que nos obliga a elegir entre dos tipos de sociabilidad, una que prima la cooperación y otra articulada en relaciones sustancialmente competitivas. No en vano uno de los grandes capítulos de *Evangelii Gaudium* lleva por título ‘en la crisis del compromiso comunitario’ y algunas de las críticas más duras del Papa se dirigen a quienes se engañan viviendo un cristianismo sin hermanos.

Javier Elzo advierte del peligro de que la sociedad se des-cosa y se des-membre si nos dejamos dominar por el miedo. El miedo es un tema sobre el que deberíamos reflexionar. Hace décadas que se detecta en España la existencia de un porcentaje importante de gente (joven y mayor) que viven con bastante miedo; la experiencia de la dureza de la vida les lleva a vivir ‘a la defensiva’, temiendo la llegada de lo malo, buscando lo seguro,

² Esta afirmación, escrita en análisis divulgados hace año o año y medio pone los pelos de punta cuando se relea en este contexto de coronavirus.

desconfiando... El miedo les aísla y perjudica y da pie a muchos trastornos familiares y personales.

Desde hace años es muy significativa la resistencia de los españoles a casarse, incluso cuando mantienen ya una relación bien estrecha con la persona a la que están convencidos de amar. A la preocupación por el descenso del número de matrimonios celebrados por la Iglesia se une la triste 'alergia' de muchas personas al matrimonio. (Fenómeno, como tantos otros fenómenos sociales, paradójico, pues de ninguna manera se puede decir que los españoles desprecien el matrimonio como 'una institución desfasada').

Las reacciones de la gente invitan a pensar que tras esa alergia al matrimonio está la alergia al compromiso, a la vinculación en lo que pueda tener de perdurable y exigente... Muchos de nosotros pensamos que al unirnos 'perdemos'. No acabamos de creernos que estrechar vínculos nos enriquece. Podemos, por un lado, pensar que nos quita 'libertad'. Podemos, por otro, preferir 'andar sueltos'. En nuestro mundo ideal, sin embargo, la fidelidad sigue cotizando alta: todos deseamos que los demás nos sean fieles.

Es muy probable que en su última encíclica (*Fratelli tutti*) el Papa Francisco aporte claves que permitan ahondar en esta reflexión.

Según analistas acreditados estaríamos viviendo un proceso de atomización, en el que en nuestra vida habría cada vez menos 'relaciones' al tiempo que aumentan las conexiones de débil vinculación: contactos frecuentes sin relaciones reales. Algunos autores hablan de 'la gran desvinculación'. Aumentan los contactos espontáneos pero que muchas veces se quedan en relaciones frías³. Podría darse el caso, es muy probable, de que sí haya una extensión de la comunicación superficial: los temas conversados son muy 'externos', rara vez se entra a la profundidad de vivencias, expectativas, fracasos y logros. Muchas voces lo sugieren y es muy probable que nuestra propia experiencia lo refrende.

1.1. Algunas fotografías recientes

La *Encuesta Europea de Valores* (EEV), hecha a comienzos de 2018, muestra una sociedad española que empezaba a sentir el desahogo de las penurias de la crisis económica de los años anteriores (¿2008-2015?), pero que tenía muy vivo su recuerdo. Persisten en ella la incertidumbre y las precariedades, pero a la vez (de la mano de un individualismo que se apoya en la defensa de la libre elección) asoman nuevas formas de solidaridad que reconocen a la persona vulnerable como próxima en una situación de la que no es culpable y que provoca empatía y reconocimiento social.

Pero la misma encuesta muestra una España dual, que comparte de modo muy unánime determinados principios fundamentales (como el aprecio a la democracia como forma de gobierno o la legitimidad del estado de bienestar), pero que en otro recuerda que España lleva siglos intentando ensartar identidades diversas, ideologías duales y una estratificación social que no acaba de ser igualitaria.

³ Probablemente habría que someter estas afirmaciones a un contraste serio; seguro que hay grandes defensores de esa multiplicación 'de contactos'.

Los datos recogidos sugieren que los españoles se sienten ahora más felices que hace unos años. (Los analistas nos advierten de que en esas respuestas influyen los niveles de bienestar económico, pero que no son el único factor determinante ni a veces el principal).

	1981	1990	1999	2008	2018
Muy feliz	20%	21%	19%	23,4%	21,3%
Bastante feliz	58%	62%	67%	61,3%	67%
Muy + bastante feliz	78%	83%	86%	84,7%	88,3%
No muy feliz + nada feliz	22%	17%	14%	15,3%	11,7%

Tabla 1: Evolución del sentimiento de felicidad de los españoles
Fuente: Respuestas recogidas por la *Encuesta Europea de Valores* en diferentes ediciones.

Pero atención: las respuestas varón/mujer no difieren gran cosa, pero mientras que sólo el 1,1 % de quienes tienen de 18 a 24 años se declara 'nada o no muy feliz' esa cifra sube al 20,7 % entre los mayores de 65 años y es del 17,8 % entre los pensionistas, del 15,7 % entre las amas de casa y el 12 % en quienes trabajan por cuenta propia.

Esa sensación de ser 'nada o no muy feliz' la suscriben el 32,5 % de los viudos, el 18 % de los separados o divorciados y el 18 % de quienes tienen una relación no estable.

Los analistas subrayan que un factor que pesa mucho en las personas a la hora de valorar su propia felicidad es la salud. El 96,5 % de quienes se dicen 'muy o bastante felices' describen su salud como 'muy buena'.

También un estudio reciente amparado por la Fundación BBVA nos habla de satisfacción con la propia vida y nos ayuda a tomar el pulso a los niveles de confianza que los españoles tenemos en los demás⁴.

Quizá merezca la pena detenerse a subrayar un hecho, que puede ser muy conveniente tener presente tanto pastoral como catequéticamente. Desde hace tiempo (pienso en estudios sobre la juventud realizados ya hace veintitantos años) se detecta en nuestra sociedad la existencia de grupos importantes de personas con valores que ni se declaran cristianas ni tienen relación alguna con la Iglesia católica.

Se han fortalecido los espacios de 'ética' (el 70 % de los españoles creen que existen principios éticos claros que distinguen qué está bien de qué está mal), pero también ha arraigado entre los españoles (incluso entre los que se declaran más religiosos) la idea de que los principios éticos deben aplicarse teniendo en cuenta las circunstancias del momento (así lo entienden el 54 % de los españoles y el 44 % de quienes se declaran más religiosos).

⁴ Cf. *Estudio Europeo de Valores 2019*, www.fbbva.es

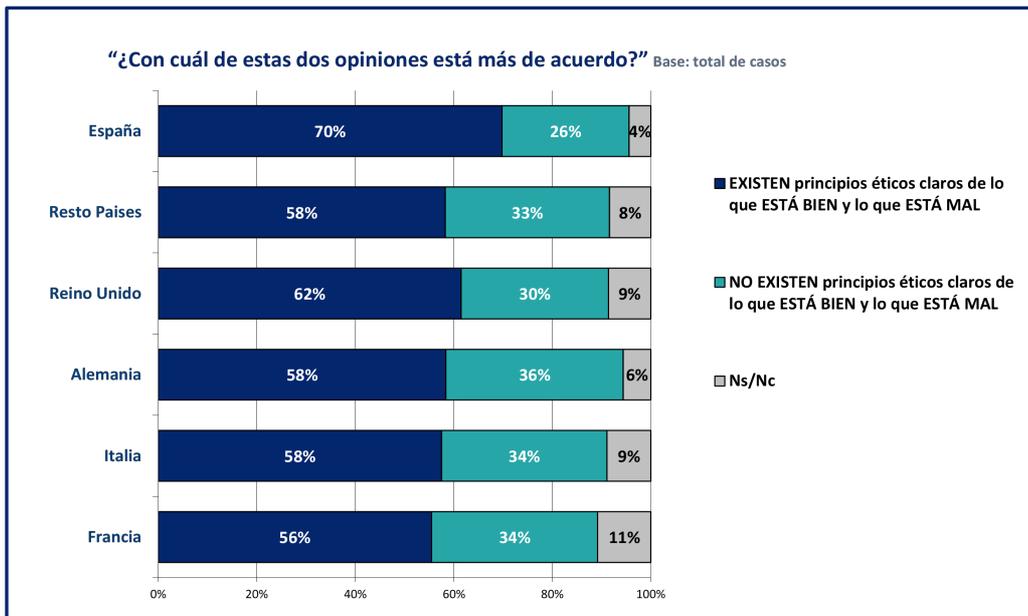


Gráfico 1: La existencia de principios éticos.
Fuente: Estudio Europeo de Valores 2019, Fundación BBVA.

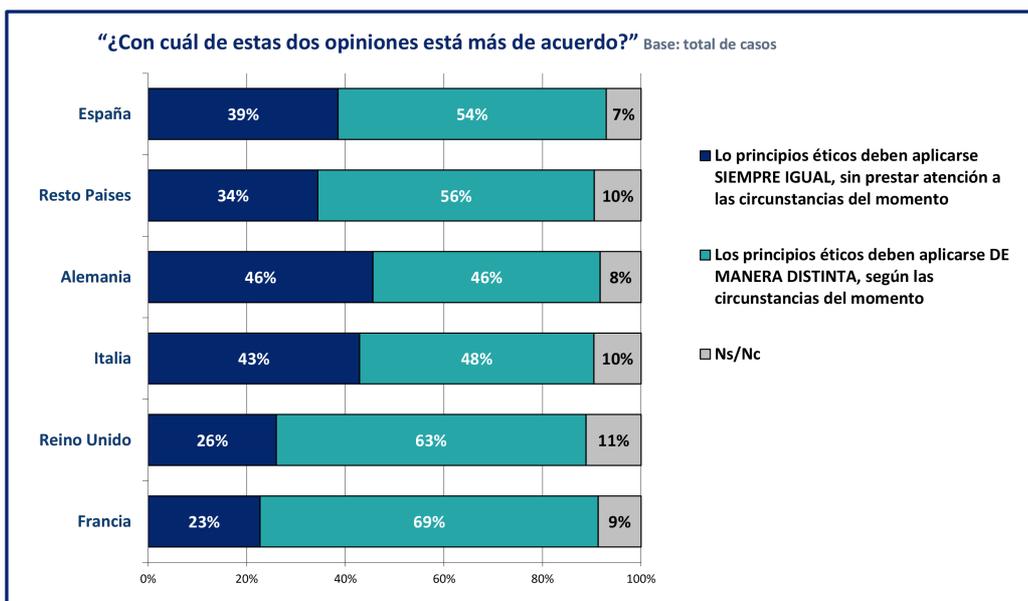


Gráfico 2: La aplicación de los principios éticos
Fuente: Estudio Europeo de Valores 2019, Fundación BBVA.

Desde hace años se detecta en los españoles una distinción: algunas de las instituciones en las que declaramos confiar más son instituciones ligadas al Estado (sistema educativo; sistema sanitario; sistema de seguridad social), pero al mismo tiempo confiamos muy poco en aquellos que tienen que gestionar esos sistemas (gobierno, partidos políticos, sindicatos...).

En los últimos años se detecta que como sociedad somos cada vez más críticos con el funcionamiento de la democracia, apareciendo por primera vez indicios de que hay personas que están dispuestas a ‘perder en democracia’ con tal de que ‘las cosas funcionen mejor’.

Los españoles seguimos dando muestras de que nos preocupamos más que otros europeos por quienes sufren algún tipo de contrariedad (enfermedad, situaciones asociadas a la vejez, desempleo, inmigración), con una sensibilidad declarada especialmente atenta a las ‘personas mayores’, pero no siempre somos capaces de transformar esa preocupación en gestos o compromisos, y mucho menos estables o duraderos. Afirman los comentaristas de la EEV 2018: «si España está a la cabeza de Europa en cuanto a solidaridad declarada, se encuentra en la cola en lo que respecta a la solidaridad activa”.

1.2. Habitaciones llenas de humo

Muchas voces llevan décadas advirtiéndonos de cambios importantes que se iban dando en nuestros sistemas de valores. Por no salirnos del ámbito español el asturiano Pedro de Silva, escritor y analista diario de la vida social en los periódicos de Prensa Ibérica, escribía así en 2008:

«Cabe resumir así el modelo de vida en el mundo desarrollado, del que formamos parte con tanta complacencia: comer mucho y luego luchar contra la obesidad; tener muchas cosas y no disfrutar con nada; estar en muchos sitios y no sentirse en ninguno; conocer de todo y no saber de nada; disponer de enorme información e ignorar qué hacer con ella; comunicarnos con mucha gente y no tener apenas amigos; desarrollar mucha actividad sin hacer nada valioso; dividir el tiempo en momentos infinitos y no disponer de tiempo para nada; comprar muchas cosas y hacerlas basura a toda prisa; vivir muchos años y disfrutar de una larga decrepitud [...] Estas diez prácticas se encierran en dos: no mires a tu interior, no sea que te entre el vértigo, y no mires muy lejos, para evitar mareos. Así hasta la meta.»

Más allá del comentario del Sr. de Silva quizá cabría añadir una tercera práctica a sus conclusiones: ‘no te preocupes demasiado de tu prójimo, no te vaya a complicar la vida’. Dicho con palabras de los comentaristas del *Informe Foessa 2019*, se detecta en muchas personas una pulsión compasiva, pero que no es capaz de perseverar en su empeño ni de asumir las dificultades que ese compromiso conlleva.

Hace diez años escribía el sociólogo José Vidal-Beneyto, fallecido poco después:

«Hay tres características dominantes de la sociedad actual. En primer lugar, la glorificación del individuo, con la afirmación sin límites del yo, del sí mismo que cancela la existencia de los otros y de lo otro, absolutiza el individualismo e instituye esta avasalladora auto-celebración, este narcisismo plenario en el ideal de la existencia humana, destruyendo todos los vínculos sociales, e incluso la mera referencia al otro.

Zygmunt Bauman ha desarrollado el concepto de liquidez social para describir esta fragilización de todos los lazos sociales y de las formas más eminentes de las relaciones interpersonales. Entre ellas, y de manera principal, la sustitución del amor por la consideración del cálculo costo/beneficio, de acuerdo con el cual los miembros de cada pareja deciden clausurar o continuar su ejercicio amoroso. Lo mismo habría

que decir de la implosión de la familia, responsable del extraordinario aumento de la soltería; del dramático destino de los viejos, convertidos en verdaderos deshechos de la sociedad; para no hablar de la mercantilización de los nuevos ámbitos convivenciales, como las redes de sociabilidad, los espacios de encuentro o los mercadillos de bebés y de óvulos.

[...] Narciso consagra la riqueza como el objetivo permanente de la existencia y con ella y a su través convierte la satisfacción consumista que el capitalismo eleva a la condición de eje central de la existencia humana en causa mayor de la realización principal de toda sociedad, quizá democráticamente injusta, pero económicamente satisfactoria e ilimitada, de acuerdo con la lógica del capital.»⁵

Vidal Beneyto destaca en su texto la existencia de cuatro elementos:

1. *La afirmación sin límites del yo* (glorificación del individuo).
2. *La fragilización de todos los lazos sociales y relaciones interpersonales*, unida a la tendencia creciente a medirlas según el cálculo coste-beneficio.
3. *La entronización de la satisfacción consumista* como eje central de la existencia humana.
4. *El crecimiento incontrolado de las demandas dirigidas a ‘terceros’*, especialmente a los gobernantes.

Pedro Gómez Serrano, economista de acreditada militancia cristiana, puede ayudarnos a entender de qué estamos hablando: “ser consumista es mucho más que comprar o poseer bienes. Consiste, sobre todo, en considerar los propios deseos y necesidades como el centro de preocupación personal y en dedicar la vida a satisfacerlos”.

El Papa Francisco ha escrito que «el hombre y la mujer posmodernos corren el riesgo permanente de volverse profundamente individualistas, y muchos problemas sociales se relacionan con el inmediatismo egoísta actual, con las crisis de los lazos familiares y sociales, con las dificultades para el reconocimiento del otro» (LS 162).

Unos años (2005) antes el Consejo Pontificio para la Cultura había hecho este análisis:

«El materialismo occidental orienta a vivir buscando el éxito a toda costa, la máxima ganancia, la competencia despiadada y el placer individual. Deja poco tiempo y energías para buscar algo más profundo que la satisfacción inmediata de todos los deseos y favorece el ateísmo práctico. [...] El interés por la búsqueda del sentido de la existencia y la experiencia de lo trascendente están como enterrados en una sociedad satisfecha de sí misma. Esta atonía religiosa es más peligrosa para la fe que el materialismo ideológico del marxismo-leninismo ateo.»⁶

⁵ Vidal-Beneyto, J. (2009) ‘La corrupción de la democracia’, El País 12.12, 41.

⁶ Consejo Pontificio para la Cultura (2005), *¿Dónde está tu dios? La fe cristiana ante la increencia religiosa*, Documento final de la Asamblea Plenaria 2004, Valencia: EDICEP.

Una lectura calmada del texto permite ver que las grandes preguntas por la existencia, incluso las grandes preguntas ‘religiosas’ continúan presentes. No han desaparecido. El texto sugiere que están como ‘enterradas’.

En estas décadas han sido también bastantes los analistas que han llamado la atención sobre las ‘anestias’. El mismo Papa Francisco usa la expresión en EG 54: «la cultura del bienestar nos anestesia». La globalización de la indiferencia nos enroca sobre nosotros mismos, adormece nuestras conciencias, nos hace vivir como ‘normales’ barbaridades que no podemos aceptar.

Otro analista español, José María Mardones, escribió sobre ello cuando el fenómeno no había podido agudizarse aún como lo ha hecho en los años posteriores: esta sociedad nos invita a una degustación indefinida e interminable; todo se consume. Se explota lo sensorial, lo emocional y se invita a la satisfacción inmediata, directa, que no difiere nada. Se trata —decía él— de una cultura in-trascendente: que no transita más allá de sí misma. No remite a nada, no invita a nada, quiere sumergir a la persona en la emocionalidad de lo inmediato, hacerle un mero receptor pasivo, anestesiarle.

Se han usado muchas expresiones para describir ese ambiente lleno de humo que en muchos contextos nos rodea: “cultura de la satisfacción”, “individualismo posesivo”, “sacralización laica de la individualidad”, “hedonismo desenfrenado”, ‘indiferencia’... Un serio y concienzudo estudio de los valores de la sociedad española en 2010 llevó por título *Un individualismo placentero y protegido*. Los españoles se habían rendido a los altares del dinero, el bien-estar, la seguridad, la salud propia y de los próximos.

1.3. En un contexto de una revolución silenciosa

Todo esto acontece, además, en un contexto en el que ha cambiado sustancialmente el modo de apropiación de valores.

<p>Modo clásico: Identificación – Reproducción</p>	<p>Modo ‘nuevo’: Experimentación – Cálculo</p>
<p>Identificación con el status y el rol paterno. Se transmiten los valores y estilos de vida de generación en generación. Peso dominante del destino pre-fijado.</p>	<p>No hay rechazo a la transmisión paterna, pero sí un grado inédito de libertad y autonomía para valorar personalmente lo recibido mediante experiencias, ensayos, errores y aciertos. Peso mayor de ‘la construcción’.</p>

Tabla 2: Modelos de apropiación de los valores

Recordemos que en nuestro encuentro *online* leímos juntos con calma estas ideas que Javier Elzo, profesor emérito de la Universidad de Deusto y experto internacionalmente reconocido en estos temas, ha ido afirmando y matizando los últimos treinta años. Lo aquí atribuido a adolescentes y jóvenes puede perfectamente decirse de muchos que nos tenemos por adultos:

PENSANDO EN LA APROPIACIÓN DE VALORES: En estos tiempos la socialización de jóvenes y adolescentes no se realiza tanto desde la reproducción de lo transmitido por instancias que en otros tiempos tuvieron esa capacidad como la familia, la escuela, las iglesias o los partidos políticos sino más bien desde la experimentación grupal con otros adolescentes y jóvenes, compartiendo y ensayando con ellos conductas y valores. Sólo la familia parece conservar parte de su fuerza en esta tarea, en la que cada día tienen un peso mayor las redes sociales (con una relevancia y consecuencias que aún no somos capaces de calibrar). Respecto a esos agentes socializadores que podríamos llamar tradicionales, hoy los jóvenes adoptan una actitud de recepción distante. Más que reproducir, aunque sea críticamente, normas, valores o cosmovisiones, los adolescentes y jóvenes deconstruyen y reconstruyen lo que esos agentes les transmiten. Y lo hacen desde sus experiencias principal, aunque no exclusivamente grupales. Surgen así construcciones personales que a otros nos pueden parecer incoherentes, fragmentarias o heterodoxas, pero que para quienes las adoptan tienen el valor de ser propias al estar construidas por ellos mismos. Construcciones que, no siempre, pero sí a menudo tienen una coherencia interna difícil de ver desde fuera. Es como un inmenso puzzle formado con fichas de diversas características (imperativas, sugerentes, provocativas), procedentes de diferentes instancias (familiares, escolares, mediáticas, del grupo de pares...), con las que arman, generalmente sin modelo referencial, sus propios e individuos constructos adaptados a las diferentes realidades que conforman su vida (recreativa, de estudios, de trabajo, familiar, amorosa...), constructos que hacen validar por el tamiz de la experimentación y de su utilidad personal. Construyen su vida como si se tratara de un puzzle con todo tipo de fichas. Pero (el Prof. Elzo dice que esto "es capital") a diferencia de lo que sucede con los puzzles en cuya tapa está el modelo a construir, muchos adolescentes no tienen modelo. Hacen el puzzle sin tapa. Tienen las fichas, muchas fichas, pero construyen el puzzle a ciegas, tanteando, experimentando, quitando y poniendo piezas. Muy pocos lo acaban. Algunos se quedan con un fragmento pequeño del puzzle. Otros con un 25 %. Otros con nada.

En ese sentido, decía ya Elzo en 1999, cabe calificar hoy al joven de 'individualista', sin dar necesaria (ni sobre todo únicamente) a esa palabra la connotación de egoísmo o autismo social, sino más bien la de pretensión de autoconstrucción de la propia vida. Es decir, han ido apareciendo adolescentes que son (o al menos quieren ser) mucho más autónomos que los de generaciones anteriores. He aquí uno de los factores principales de fragilización de colectivos importantes de jóvenes. La ausencia de modelos exteriores claros, la constante experimentación hace que al final el último referente en la construcción del puzzle sea el propio joven, según las cosas le vayan bien o no. El adolescente y el joven español de hoy (escribía Elzo a comienzos de siglo) construyen en gran medida su identidad teniéndose a sí mismo como modelo, hasta que lo que va construyendo en su puzzle particular, autónomo, le satisfaga, le centre, le dé identidad, consistencia, seguridad. En un proceso así no es fácil llegar a construir sistemas de valores relativamente potentes, relativamente estables o seguros. Todo depende de muchos factores entre de los que muy probablemente la relación familiar será capital en los primeros años de la vida y el 'bienestar afectivo relacional' después.

[Reflexión muy basada en escritos del Prof. Javier Elzo]

1.4. Individualismos que habría que discernir

Javier Elzo detecta la extensión en nuestra sociedad de un individualismo que tiene dos caras. Por un lado, supone la voluntad de adoptar planteamientos propios, autónomos, ilustrados por la razón y el conocimiento de las cosas. Es la voluntad de no ser 'rebaño', en contraposición a la sociedad tradicional, la gran herencia (apunta) de la Ilustración.

Pero hay otra cara del individualismo, "que viene a decir que yo puedo hacer lo que quiera, quizá sólo con la exigencia de que respete la ley". Es la moral libertaria que impregna a jóvenes y adultos. "No es el individualismo de razón sino el individualismo de deseo el que impera. No es el individualismo de proyectos sino el de exigencias, no es el individualismo de deberes y responsabilidades sino el de derechos".

La historia de España en el siglo XX no ayudó precisamente a la toma de conciencia sobre los propios deberes y responsabilidades. La extensión en Occidente del criterio de 'prohibido prohibir' tampoco.

Según estos autores habríamos hecho un tránsito histórico en tres momentos: (I) sociedad tradicional, con legitimación religiosa (de matriz religiosa entre nosotros); (II) sociedad moderna (corto período), legitimada por 'proyectos holísticos de carácter básicamente político (socialismo, marxismo, nacionalismos inclusivos, liberalismo...), a (III) una sociedad postmoderna "legitimada en el bienestar individual" (que como espejo invertido de la mundialización fomenta la proxemia, los populismos, los nacionalismos excluyentes...).

Vivimos habiendo colocado en el altar el propio interés, el mío y 'el de los míos'. Quienes hablaban hace diez años de 'individualismo placentero y protegido' hablan hoy de 'valores en la era de la incertidumbre: individualismos y solidaridades'. Voces como la de J. Elzo advierten del peso de lo temeroso, del miedo, de la extensión de la inseguridad, que aumenta la facilidad de percibir al otro como riesgo o amenaza.

La velocidad ('rapidación' escribe en *Laudato Si'* 18 el Papa) tampoco facilita la reacción serena, la reflexión, la profundización en las cuestiones. Algo que hace un daño singular a sociedades como la nuestra, en la que la polarización y la crispación hacen muy difícil toda reorientación y dificultan el encuentro, como bien veremos más adelante al analizar el papel de la experiencia religiosa en la vida de los españoles.

2. Algunos comentarios sobre la vivencia religiosa

La inmensa mayoría de los comentarios sobre la situación religiosa de España (y del resto del mundo) han usado en las últimas décadas el término secularización. Pero el devenir de la reflexión, realizada con mucha seriedad durante los últimos cincuenta años, ha mostrado que el término 'secularización' se ha usado con sentidos diversos, no siempre

con la claridad que sería deseable, y que además la vivencia de lo religioso tiene una complejidad que muchas veces no se aborda⁷.

Sí cabe decir que en muchas dimensiones España es un país claramente secularizado, pero eso no significa que la experiencia religiosa (ni el cristianismo) hayan desaparecido del horizonte vital de los españoles.

Como acontece en muchas regiones del mundo, la religión no tiene en España la presencia social que tuvo en otros momentos, ni es profesada por porcentajes similares de gente, ni ocupa los puestos más importantes cuando las personas jerarquizan las dimensiones de su vida que les parecen más relevantes.

Pero lo religioso (y el mismo hecho cristiano) siguen siendo importantes para porcentajes significativos de españoles.

En torno al 60 % se declaran católicos; un 70 % dicen creer en Dios. La mitad de los ciudadanos afirma que Dios es 'importante' en sus vidas. Uno de cada dos españoles se declara persona religiosa. Los estudios sociológicos sobre la sociedad española revelan que 'el factor religioso' es un factor que marca en bastantes temas y casos las diversas posturas de los españoles ante determinadas realidades y fenómenos.

Contra los pronósticos que se repitieron durante toda la segunda mitad del siglo XX, el mundo en general es hoy tan o más religioso que hace cuarenta años. La relación de los seres humanos con el misterio aglutina a millones de personas, sigue explicando muchas costumbres y realidades sociales en todos los continentes y juega un papel relevante en la vida de hombres y mujeres de todas las edades.

Suelo invitar de vez en cuando a mis alumnos a marcar en el periódico de un día cualquier del año las noticias en las que lo religioso tiene cierto peso. Con frecuencia los ejemplares de papel acaban 'crucificados'. No es difícil encontrar relación con lo religioso en muchas noticias internacionales, regionales, nacionales...

Sí es verdad que el catolicismo, en torno al que se articularon muchas realidades en la historia de España, juega hoy un papel distinto al que tuvo no sólo en el siglo XX, sino incluso en los años que llamamos ya de vida democrática, posteriores a 1978. Para explicar este cambio algunos autores han recurrido a comparar el rol del sol con el de la luna. El segundo parece secundario, pero sigue siendo importante. Los españoles no tienen 'lo religioso' constantemente presente, como quizá sí hicieron (en un marco distinto de 'libertades' y responsabilidades personales) muchos de sus antepasados, pero sí se trata de una cuestión que juega un papel fundamental en momentos importantes.

El ejemplo no es de una gran altura científica, pero puede iluminar lo que quiero decir. A mí me da igual cuál es la postura ante el hecho religioso del peluquero al que suelo acudir, de la persona que revisa la calefacción del edificio en el que vivo, del cartero... Pero quizá sí me interesa bastante saber cuál es la actitud ante lo religioso de la profesora de mis hijos (o sobrinos), de los monitores que tienen en el grupo scout, de

⁷ Curiosamente disponemos de un acercamiento lúcido y sugerente, como tantos de los suyos, muy reciente de Luis González Carvajal: 'Cristianos en un mundo secular', Pliego Vida Nueva, 3.199 (7-13.11.2020).

los vecinos de enfrente... Pero me interesa mucho más si una de esas personas se convierte en el novio o la novia de uno de mis sobrinos (o de vuestros hijos o nietos).

Es decir (esto es lo importante) que podemos estar meses y meses sin hablar de 'temas religiosos' sin dar pie a pensar que esos asuntos son importantes para nosotros, pero lo religioso pasa inmediatamente a un primer plano cuando estamos hablando de cuestiones o dimensiones de nuestra vida a las que damos relevancia. No es, por tanto, tan secundario como parece.

La postura de los españoles ante la religión acontece cada día más conforme a los nuevos procedimientos de 'apropiación de valores' sobre los que hemos reflexionado ayudados por el pensamiento de Javier Elzo. Las personas 'deciden' según sus criterios, aplicando cálculos de 'utilidad' a lo que descubren o se les ofrece.

¿Para qué nos sirve esto?, nos preguntamos muchas veces. Pero no nos asustemos: nos lo preguntamos no sólo a la hora de comprar un libro, sino también a la de acudir a un retiro, a una jornada de formación, a una celebración... Somos hombres y mujeres del siglo XXI que no vamos a cualquier cosa, elegimos en qué participamos y en qué no.

No sólo ha cambiado el contexto social en el que la persona se declara creyente. Ha cambiado también, y mucho, el modo de creer. Los españoles viven en entornos mucho más 'pluralistas', conviven con gentes con muy diversos credos y con 'ausencia de credo' y, como sus contemporáneos, 'aplican' lógicas distintas a los diversos ámbitos o campos de su vida. Simplificando mucho, cabría decir que el hombre y la mujer de hoy son invitados a 'encontrar su propio camino'.

En un contexto de tanta crisis de los vínculos y del 'compromiso comunitario' la adhesión a las instituciones y la pertenencia estable a un 'grupo' no caracteriza el modo de vivir lo religioso (ni lo cristiano) de las mayorías. Algunos autores han expresado esto en la extensión del 'creer sin pertenecer'. En concreto muchas de las personas que se declaran católicas no conocen el sentido de 'verdades' fundamentales de la fe, ni dicen creer en ellas, no participan en las celebraciones ni en la vida litúrgica o sacramental de la Iglesia y tampoco hacen suyas sus orientaciones morales.

Aunque a la inmensa mayoría de nosotros nadie tiene que explicarnos esto, que vemos en nuestros círculos de relaciones y entornos, la sociología también lo detecta en sus investigaciones: gente que se declara 'católica' y que se ofende si le preguntas si lo dice en serio y a la vez te dice que no cree en Dios ni en la resurrección; cantidad de personas que se auto-definen católicos y nunca participan en la eucaristía; 'católicos' que llaman 'hereje' al papa cuando recuerda criterios evangélicos fundamentales...

Nadie puede recurrir a aquello que no conoce o cuya existencia ignora. Muchos de nosotros nunca hemos vivido décadas sin ascensor, sin micro-ondas, sin termómetros digitales o mandos a distancia; ahora sabemos lo que son, y aunque no sepamos del todo cómo funcionan, recurrimos a ellos y hasta podemos aconsejar a otros que recurran a ellos. Es muy probable que las últimas generaciones de españoles carezcan de una

‘gramática elemental’ para acceder a la fe. Muchos carecen de ‘diccionario’ al que acudir; otros muchos de acompañante a quien preguntar, mucho menos en un diálogo sereno y libre de pre-juicios. Muchos jóvenes de nuestra sociedad han oído hablar de bautismo, de comunidad, de mandamientos, de caridad..., pero no tiene ni idea de qué se está hablando. Lo malo, perdonad el comentario, es que se han hecho una idea de todas esas cosas a partir de lo que han oído. Y muchas veces han oído presentaciones ‘interesadas’; luego aludiré a algunas de ellas.

Tampoco abundan, tristemente, los ejemplos o referentes públicos de vida cristiana. Los católicos españoles tienden a manifestarse como tales más bien en privado y a menudo con cierta vergüenza. No es que no existan esos cristianos, que los hay por miles, y bien dignos, pero (como en tantas partes del mundo, pero aquí a la española) muchos discípulos de Jesús hemos aceptado que la fe es un asunto más bien privado. La idea, que tiene sus aspectos muy positivos, los tiene también negativos. Y uno de ellos es privar de visibilidad y ‘encarnación’ a la fe en muchos ambientes. No estoy invitando a la ostentación, y, mucho menos, a la ostentación agresiva o poco respetuosa con otros, sino a la presencia serena de quien sabe dar razón de lo que cree, sin miedo y con mucho respeto.

El acercamiento de cualquier español nacido en el siglo XXI a la fe cristiana estará muy condicionado por la imagen ‘ambiental’ que en cierto modo se ha creado del hecho religioso y más en particular del hecho católico. Grupos especialmente interesados han aprovechado las ‘aguas’ que ya facilitaban remar en una determinada dirección para intentar que la fe se asocie a ‘otros tiempos’, ‘personas frustradas o reprimidas’, ‘oposición al progreso’, ‘abuelos’, ‘incultura’...

El poder de determinadas élites en los medios de comunicación, el sistema de enseñanza y la administración condiciona la imagen pública de lo cristiano y los cristianos. Tristemente determinados comportamientos pasados y quizá presentes de los católicos no ayudan a desactivar esa presentación interesada. Algunas instancias han parecido tener el propósito expreso de ocultar la raíz y el fundamento cristiano de muchos logros y realidades sociales.

Muchísimas personas que colaboraron en la transición española como hecho de reconciliación y progreso lo hicieron animadas y sostenidas por su fe. Muchas personas que han hecho avanzar en el último medio siglo la educación, los servicios sociales, la atención a los más necesitados de la sociedad, la cooperación internacional, la lucha sindical... lo han hecho desde su fe y movidos por ella. Sin la fe no se entienden en España cantidad de instituciones solidarias o promotoras de la justicia. Sin la fe no se entiende que muchas víctimas del terrorismo no cogieran el camino de la venganza e intentaran perdonar. Sin la fe no se entienden cantidad de iniciativas de apoyo a los emigrantes, a los toxicómanos, a los alcohólicos que quieren salir de su problema, a las familias en desventaja... Nos alegra inmensamente que haya no cristianos en todos esos ‘frentes’ (muchas veces incluso dándonos ejemplo y superándonos). Nos alegra que haya instituciones de solidaridad, justicia y ciudadanía promovidas por otros, pero sólo un ciego o alguien con serios problemas con la verdad

puede negar en España el marchamo cristiano de miles de iniciativas, plataformas, instituciones.

Son bastantes los indicadores que dan a entender que porcentajes importantes de personas que no frecuentan las iglesias tienen curiosidad religiosa y en algunos momentos de su vida se plantean búsquedas expresas de silencio, armonía y equilibrio, contemplación, cuidado del mundo interior y de lo espiritual... Es evidente (no hay que ser 'doctor en ciencias sociales') para percibir cómo han aumentado todas esas demandas. Algunas de esas búsquedas pueden responder a otro tipo de cuestiones (demanda de afecto, inquietud cultural, gusto estético...), pero también abundan las demandas expresamente religiosas, que anhelan respuestas religiosas.

España se caracteriza además por la muy poca confianza actual de su población en la Iglesia y en las personas que más fácilmente se asocian a ella en la mente de muchos españoles. Esta desconfianza no se basa, en muchos casos, en la propia experiencia sino en esa 'imagen ambiental' tan extendida.

En algunos ambientes de nuestra sociedad, cristianos y no cristianos, se ha identificado en exceso la fe con una manera de 'pensar', con la aceptación de determinadas ideas, principios y criterios que habría que acoger, además, sin tener que recurrir al pensamiento y a la inteligencia. Hacemos un muy pobre servicio pastoral cuando nos proponemos alimentar únicamente la dimensión 'cognoscitiva' de la persona. El Evangelio incluye ideas, conceptos, 'conocimientos', pero habla también al ser humano en cuanto ser sentiente, emotivo, vital, anhelante, buscador de belleza y bondad.

El anuncio del Evangelio implica también el respeto a la 'objetividad' de la revelación y a la fe apostólica. Los hombres y mujeres del siglo XXI merecen que la Palabra les sea anunciada con verdad, sin rebajas, y con conceptos y herramientas culturales 'a la altura de los tiempos'. La luz de la fe pide también ser ayudada por la luz de la razón.

La cosificación y manipulación del Misterio y de lo religioso son siempre una gran tentación. Dios no es identificable con 'las cosas de este mundo', pero entre ellas es muy posible encontrarle. La Iglesia ha insistido mucho en los últimos años en la conveniencia de ayudar al creyente a reconocer las huellas de la presencia de Dios en la vida cotidiana.

Observaba hace pocos años el sociólogo español José Castillo sin referirse estrictamente a lo religioso:

«Hasta hace poco, la vida cotidiana, en su variada expresión, apenas tenía notoriedad pública. Se daba muy poca, casi nula relevancia al vivir y quehacer de cada día. Se comete una tremenda equivocación cuando se cree que la sociedad está dividida en dos grandes compartimentos estancos: uno relativo a los aspectos trascendentales de la vida y otro a los insignificantes. Lo que la compleja realidad demuestra es que ambos aspectos componen un conjunto de ideas, creencias, sentimientos, valores y acciones en constante y recíproca relación, de tal suerte que tratar disociar ambas esferas es un empeño inexorablemente estéril».

En este sentido os invito también a profundizar en algunos pensamientos del Papa Francisco. Algunos los evocamos en nuestro encuentro del día 14. Pienso, por ejemplo, en la reflexión sobre la presencia de Dios ‘en la ciudad’ (como espacio de nuestra convivencia) que puede verse en *Evangelii Gaudium* (nn. 71-75): Necesitamos, dice, reconocer la ciudad con una mirada contemplativa, de fe, “que descubra al Dios que habita en sus hogares, calles y plazas”, que vive promoviendo las búsquedas sinceras de personas y grupos. El Papa Francisco nos invita quizá a algo parecido a lo que plantea Pablo VI en las palabras con que hemos abierto esta Jornada (a contemplar el sentido profundo de lo que llevan en el corazón quienes viven a nuestro alrededor), desde la convicción gozosa de que en cierto modo el Espíritu del Señor aletea también en su corazón, en sus buenas aspiraciones, en sus deseos y necesidades, y de que el Crucificado acompaña sus caminos y ‘los pliegues más oscuros’ de sus vidas, a los que el sínodo de 2012 invitaba a asomarse.

Muchos hombres y mujeres del siglo I (*y de cualquier siglo, se podría decir*), advierten los exégetas e historiadores de la Iglesia, se acercaron a la fe impresionados por cómo vivían los cristianos situaciones y búsquedas bien arraigadas en la vida cotidiana, no en elaboraciones intelectuales sobre ella. Como ha señalado algún pastor de la Iglesia en los sínodos reunidos para estudiar estos temas, es muy probable que como el eunuco del libro de los Hechos (8, 26-40), miles de hombres y mujeres de todas las edades no entiendan hoy lo que les toca ‘leer’ en el libro de la vida de cada día. Ofrecerles ayuda para ‘comprenderlo’ es un gran servicio que realizan en el mundo entero miles de catequistas.

Todo requiere un punto de partida fundamental: amar este mundo, sus personas (en su diversidad, distancia de la fe y a veces aversión a ella) y este tiempo. Son las personas y el tiempo ante los que el Señor nos coloca y envía. Nuestra tarea es sólo secundar lo que el Espíritu del Dios que les ama profundamente lleva mucho tiempo haciendo en su corazón.

La reflexión del párrafo anterior, que puede sonar a cierre bonito de una charla, tiene una importancia nuclear y probablemente influye en nuestra actitud como evangelizadores mucho más que lo que habitualmente pensamos. A veces algunos de nosotros se refieren ‘al mundo de hoy’, a las personas que conviven con nosotros, a quienes vienen a la catequesis (sobre todo a los que nos causan algún problema) olvidando el amor radical y profundo que Dios les tiene. Decía el Papa Francisco en una de las primeras entrevistas que concedió como obispo de Roma (publicada en España por Mensajero y Razón y fe):

«Tengo una certeza dogmática: Dios está en la vida de toda persona. Dios está en la vida de cada uno. Y aun cuando la vida de una persona haya sido un desastre, aunque los vicios, la droga o cualquier cosa la tengan destruida, Dios está en su vida. Se puede y se debe buscar a Dios en toda vida humana. Aunque la vida de una persona sea terreno lleno de espinas y hierbajos, alberga siempre un espacio en el que puede crecer la buena semilla. Es necesario fiarse de Dios.»

Con ese espíritu, y agradeciendo mucho la mañana compartida con vosotros, os invito a retomar la oración que hace unos años compusieron un grupo de jóvenes cristianos universitarios, muchos de ellos andaluces:

Te doy gracias, Padre, por el tiempo y el mundo en que me ha tocado vivir
y por haberme llamado a ser discípulo de Jesús.
Sé que tu amor y tu misericordia se hacen presentes
en todas las épocas y en todos los rincones del mundo.
Creo en tu promesa de regalarnos un cielo nuevo y una tierra nueva.
Creo que Jesús Resucitado nos acompaña todos los días de nuestra vida.
Creo que tu Espíritu ha sembrado el corazón de todo ser humano.
Ayúdanos a mirar el mundo, nuestra realidad y a las personas con tus ojos.
Enséñanos a descubrir el trigo que crece entre la cizaña.
Haz de nuestras comunidades verdaderas islas de misericordia en medio del mundo.
Amén.

Referencias bibliográficas

Todo lo comentado debe mucho a:

- Las numerosas obras, intervenciones y trabajos de Javier Elzo. Entre ellas:
 - Elzo Imaz, Javier. (2020) *Nuestra sociedad hoy: desafíos y oportunidades para la evangelización*. Vitoria-Gasteiz: Instituto de Vida Religiosa. Colección Cuadernos Frontera-Hegian, n. 107.
- Gabino Uríbarri: (2018) *Teología de ojos abiertos. Doctrina, cultura y evangelización*. Santander: Sal Terrae.
- Los análisis de varios grupos acreditados de estudio:
 - Fundación Foessa-Caritas Española.
 - Fundación BBVA.
 - Fundación SM.
 - Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud y Fundación de Ayuda contra la Drogadicción FAD.
 - Equipo de la Universidad de Deusto analizador de la Encuesta Europea de Valores [cf. Silvestre, María (coord.) (2020) *Valores en la era de la incertidumbre: individualismos y solidaridades*. Madrid: Ed. Catarata].
- Barreiro, Belén (2017) *La sociedad que seremos. Digitales, analógicos, acomodados y empobrecidos*, Barcelona: Planeta.

Anexos

¿CÓMO SE DEFINEN RELIGIOSAMENTE A SÍ MISMOS LOS ESPAÑOLES?

	1996	2007	2012	2020 Octub	2020v	2020m	Sin est	FP	Est.Sup.	18-24	25-34	35-44	45-54	55-64	65 y +
Católico Prácticante				19,7	14,3	24,8	48,6	15,6	15,6	11,7	8,3	10,9	13,9	17,5	39,4
Católico no Prácticante	83,3	76,7	73,6	40,0	39,2	40,7	37,1	40,3	35,8	29,3	32,5	38,4	43,7	47,5	39,7
Otra fe	1,2	1,5	1,3	2,8	2,8	2,9	2,9	3,1	2,5	6,4	1,9	4,8	2,4	1,8	2,0
No Creyente	12,8	13,1	15,5	22,4	26,1	19,0	5,7	22,7	29,6	24,4	33,1	27,3	22,8	22,8	12,8
Ateo	2,3	6,6	7,8	13,6	16,4	10,9	4,8	17,8	15,4	27,7	22,6	17,4	15,5	9,2	4,2
NC	0,5	2,1	1,8	1,5	1,3	1,7	1,0	0,5	1,0	0,5	1,6	1,1	1,7	1,2	1,9

Observación: En 'no creyente' sumamos dos opciones distintas que suelen ofrecerse en los barómetros del CIS: agnóstico e indiferente-no creyente.

ALGUNAS AFIRMACIONES DE LOS ESPAÑOLES SOBRE SÍ MISMOS EN MATERIA RELIGIOSA

Evolución de la práctica religiosa en España Porcentajes de veces que acuden a sus celebraciones los creyentes

	1994	2000	2006	2014	2019
Nunca / casi nunca	32,1	40,3	51,7	60,3	59,3
Varias veces al año	23,4	21,5	18,3	14,5	17,0
Alguna al mes	13,7	13,5	10,5	9,3	7,0
Casi todos los domingos	25,5	21,1	15,4	13,3	12,4
Varias por semana	4,9	2,9	2,7	1,7	1,7

Un 19,7 % de los españoles dice rezar todos los días.
El 62,1 % dice rezar al menos de vez en cuando.

El 69,8 % de los españoles dice creer en Dios.

Un 5 % más de los que se dicen pertenecientes a alguna religión.

Españoles que dicen creer 'en un Dios personal': 38,4 %

Que dicen que hay alguna clase de espíritu o fuerza vital: 29,2 %

El 53,3 % de los españoles dicen que Dios es importante en su vida.

Españoles que se consideran una persona religiosa: 50,6 %

Lo hacen el 39,4 % de los varones y el 59,7 % de las mujeres.

El 40,9 % de quienes tienen de 35 a 44 años y el 74,3 de los mayores de 65.

El 27,6 % de quienes han hecho estudios superiores.